

PREMIO CARLOMAGNO

Deseo, antes que nada, expresar mi profundísimo agradecimiento a quienes han tenido a bien honrarme con esta acreditada distinción.

El prestigio de las instituciones reside en la altura moral de los valores que promueven, en la relevancia de los objetivos que persiguen, en la significación de las personas que las impulsan. Los ciudadanos de Aquisgrán pueden constatar, con legítimo orgullo, que se han constituido en voz y referencia del destino común europeo, al haber alimentado permanentemente el proyecto que en su día acariciara su antepasado, nuestro antepasado, Carlomagno.

Siento la emoción de poder asociar mi nombre al de todos los que me han precedido en este gran honor. Entre ellos se encuentran quienes, como De Gasperi, Monnet, Adenauer, Spaak o Schuman, se conjuraron para dedicar todos sus esfuerzos a superar los rencores de la guerra, a evitar para siempre la destrucción que asoló repetidamente el territorio europeo en el curso de solo dos generaciones.

Entre ellos se encuentran, asimismo, quienes como François Mitterand y Helmut Kohl personifican un eje de cooperación, esencial para todos nosotros, que geográfica, histórica y culturalmente confluye en estas mismas tierras. Entre ellos se encuentran también quienes como Simone Weil encarnan el coraje y el ejemplo cívico frente a la intolerancia, el totalitarismo y la opresión.

Dos compatriotas míos, compatriotas nuestros, me han precedido en esta ceremonia que hoy nos congrega. Salvador de Madariaga y Su Majestad Don Juan Carlos I.

Salvador de Madariaga tuvo la gran fortuna de poder contribuir al fortalecimiento de la idea europea, participando activamente en las fases originarias de su construcción, aún a pesar de las dolorosísimas circunstancias de su exilio. Al aceptar este premio, reafirmó una vez más que la fé en nuestro futuro es la condición más decisiva para conformarlo de acuerdo con nuestras propias aspiraciones. Nos señaló, además, un claro objetivo que adquiere en estos días una particular relevancia.

"Este continente ... estaba predestinado a actuar como adalid del mundo durante siglos de su historia, y creo firmemente que seguirá siéndolo en cuanto se provea de un cuerpo político que corresponda a lo que requiere la época y su propio espíritu".

En S.M. Don Juan Carlos I se reconoció con toda justicia su papel decisivo en la reconciliación entre todos los españoles, en el impulso que trajo la normalidad institucional a nuestro país. Al recibir esta distinción reafirmó que España no puede realizarse más que como nación europea, pues de esa sustancia ha estado hecha por vocación y desde su nacimiento.

Entre las razones por las que se justifica la concesión de este premio han querido ustedes resaltar la contribución de España al desarrollo de la unificación europea, una vez alcanzado nuestro añorado objetivo de poner fin a un aislamiento secular. Han querido subrayar igualmente nuestra posición inequívocamente favorable a la plena integración política, económica y social de Europa. Me han distinguido, finalmente, con algunas referencias biográficas y personales.

Sobre todo ello me propongo desarrollar ahora algunas consideraciones, una vez les haya transmitido una reflexión previa a la que me siento particularmente obligado.

Este reconocimiento pertenece de manera legítima a toda una generación de españoles. Una generación sin exclusiones, que ha tenido ante sí la responsabilidad de dar un giro definitivo a la trayectoria histórica de España. Una generación, de la que formo parte, que ha podido cerrar un prolongado ciclo de malsana e impuesta singularidad. Solo me corresponde el privilegio de haber podido ejercer posiciones relevantes en un proceso cuya fuerza se ha extraído de nuestra inequívoca voluntad de ser, de una vez y para siempre, una sociedad avanzada, estable, moderna y europea.

Al presentar a Vaclav Havel en 1991, mi buen amigo François Mitterand señaló como sus méritos la descripción de los sentimientos de exclusión y no pertenencia, aplicables a una parte de Europa en la que, durante tanto tiempo, el reloj se había parado y la historia interrumpido.

Esos sentimientos de no pertenencia y exclusión son los que durante largos siglos acompañaron a una generación tras otra de españoles, que lucharon reiteradamente por reconducir una trayectoria que se frustró allá por el Siglo XVI, rompiendo un sostenido y ejemplar período de integración y de convivencia religiosa y cultural.

Hace más de cuatro siglos, en una Europa en plena efervescencia reformista, entre cuyos mejores frutos se cuentan los de los erasmistas españoles, nuestro país volvió la mirada sobre sí mismo y se encerró en un proyecto ortodoxo, mezcla de acción política y de imposición moral. Recuperar la tolerancia fué siempre el horizonte de los sucesivos depositarios de aquella herencia erasmista.

Acceder a las formas de producción de los países con más desarrollo, a los saberes útiles y a las formas políticas y sociales renovadoras, fué el propósito de los ilustrados españoles, convencidos como sus correligionarios europeos de la capacidad racional del hombre para comprender la realidad e impulsar el progreso. "Sigamos sus planes. Imitemos sus modelos". Ese habrá de ser el resumido consejo.

Las tierras europeas serán el destino reiterado de nuestros exiliados a lo largo de todo el S. XIX, en un trayecto frecuentemente de ida y vuelta a medida que van triunfando y fracasando los diversos intentos liberales.

Europeizar España es la síntesis de las propuestas regeneracionistas. Cerrar con siete llaves el sepulcro de El Cid, abrirse a las corrientes del pensamiento, incorporar los nuevos conocimientos científicos, revitalizar el cuerpo social, acabar con las formas oligarquicas del sistema político.

Una segunda oleada de este movimiento, la generación de la Junta para la Ampliación de Estudios, acudirá a Europa para entrar en contacto con el saber y para utilizarlo al servicio de nuestra modernización.

Entre los científicos que la componen, Julio Rey Pastor señalará: "en oposición a la España introvertida, poblada de hombres acurrucados al sol, consagrados a meditar sobre el enigma de la muerte, surgió una generación vigorosa y optimista que se propuso reanimar nuestra historia por nuevo rumbo y hacia nueva meta".

Una generación que diera la vuelta al diagnóstico expresado por ese gran intelectual, reclamado por la ética de la responsabilidad, que fué Manuel Azaña "Al comparar la sociedad española con cualquier sociedad robusta que viva plenamente en el fragor de la vida contemporánea, lo que se descubre es el tardo paso de nuestro pueblo, aspeado, rezagado, divagador".

Ortega y Gasset lo expresó de la manera más sumaria. Regeneración era el deseo y europeización el medio de satisfacerlo. España el problema, Europa la solución.

Como si se tratara de un maleficio del que no pudieramos desprendernos, el periodo revitalizador dificultosamente construido en el primer tercio del S. XX concluyó en ese inmenso fracaso colectivo que fué nuestra guerra civil, la más dramática de nuestras experiencias. La dictadura fué la condensación, la síntesis de las exclusiones históricas, el origen del mayor y más doloroso de nuestros exilios.

Sin embargo, ésta España que integró por sí sola a las culturas básicas europeas y que luego se recluyó, se alejó de las corrientes innovadoras, y caminó muchas veces en dirección contrapuesta a su entorno, fué, al tiempo, capaz de las mayores aportaciones a la herencia común de Europa y de la humanidad.

Hace quinientos años supimos de la plenitud de la tierra. Al encontrarnos con América, cayeron barreras de ignorancia y revisamos, a la luz de una nueva conciencia, valores y conocimientos hasta entonces consolidados. La exhuberante y variada realidad que apareció ante nuestros ojos abrió horizontes de utopía a una Europa cansada por los conflictos.

En esa confrontación con el mundo nuevo sentamos las bases del Derecho Internacional, entendido como Derecho de Gentes, e impulsamos el desarrollo del conocimiento relacionado con la vida natural.

Nunca faltó nuestra significativa presencia en cada uno de los proyectos de progreso alentados en Europa. Ofrecimos la acepción "liberal" al diccionario común de la Ciencia Política. Contribuimos en este siglo a la lucha contra el totalitarismo, cuyo primer acto se representó precisamente en nuestro suelo. Algunos de nuestros compatriotas pudieron tomar parte en los momentos fundacionales del actual proyecto europeo, asistiendo desde el exilio o en la clandestinidad a los Congresos federalistas de La Haya y Múnich.

La aportación literaria, artística y plástica española constituye siempre un referente de primer orden en el patrimonio cultural que como europeos compartimos. Hemos sido igualmente capaces de ofrecer al desarrollo de la ciencia algunos pasos decisivos en el conocimiento del sistema nervioso, o en el desciframiento del código genético.

España ha sido un país de destellos intensísimos y de más de un exceso de inestabilidad, una nación de grandes impulsos y de devastadores frenazos, una tierra que ha tenido la fortuna de despertar el interés y la curiosidad de sus vecinos, la pasión de los románticos y la solidaridad de los demócratas.

Un país de grandes posibilidades, disminuído por la precariedad de su desarrollo económico, por la desvertebración de su estructura territorial, por su insatisfactoria integración social, por su insuficiente tolerancia moral. Un país, en fin, retenido por la prolongada inadecuación de su sistema político.

Esta generación, a la que pertenezco, asumió con un gran entusiasmo el apasionante reto de concluir esa página de nuestra historia, escrita a trazos irregulares, para iniciar una nueva con el reencuentro definitivo de la normalidad institucional.

Conformamos una generación nacida mayoritariamente con posterioridad a la guerra civil, a la que no han faltado nexos simbólicos con intervinientes de uno y otro bando. Una generación formada en el contraste y la oposición a la Dictadura, con experiencias personales y políticas variadas. Evolucionistas desde el interior del sistema, populistas, cristianos, militantes de las corrientes ideológicas habituales en nuestro entorno, siempre con un añadido de radicalismo por las condiciones de represión y clandestinidad. Jóvenes universitarios que combinaron la oposición al régimen con el impulso antiautoritario de finales de los sesenta, prestigiosos profesionales, sindicalistas que poco a poco reconstruyeron sus estructuras y generaron una actividad creciente, nacionalistas que revitalizaron la reivindicación autonomista.

Una generación constituída por gentes que accedieron a la lucha política no de una manera serena y ordenada, a través de un calendario lógico de compromisos y de experiencias acumuladas, sino como respuesta a un imperativo ético de confrontación a la ausencia de libertad. Una generación con alguna amargura por la realidad en la que había crecido, pero en la que primaba la ilusión y el entusiasmo por cambiarla.

Una generación que aunque no había tenido aún ninguna opción de contrastar con la realidad sus intenciones y propósitos, se había ido desprendiendo de adherencias y residuos propios del aislamiento, había aprendido de las recientes experiencias de su entorno, y renunciaba ahora, por generosidad, a algunos de sus planteamientos largamente acariciados. Una generación que se disponía a actuar con moderación y posibilismo en un país hasta entonces poco acostumbrado a las posiciones dialogantes y pragmáticas.

Una generación que supo conectar con las aspiraciones básicas de los ciudadanos españoles, abrumadoramente favorables a un cambio en profundidad, que contara con todos, que se llevara a cabo con prudencia y que pudiera resolver los problemas históricos de nuestra sociedad.

El objetivo que más nítidamente se había instalado entre nosotros era el de no errar, no desaprovechar esta vez la oportunidad. Cada paso atrás ha significado siempre una dolorosa mutilación y ha requerido una fatigosa y lenta recuperación de nuestras señas de identidad. Parecía llegado el momento para que germinara ahora el mensaje de reconciliación expresado por Manuel Azaña: Paz, piedad, perdón.

Para impedir cualquier tipo de exclusión mantuvimos un rechazo radical a los intentos de instalar una democracia limitada y otorgada, y usamos del impulso reformista y de la presión social para asegurar la amnistía política, la legalización de todos los partidos y la disolución de las estructuras institucionales del régimen anterior. Por primera vez en más de cuatro décadas los españoles pudieron manifestarse libremente en unas elecciones generales.

Esa misma voluntad de coincidir en lo esencial condujo a un gran conjunto de acuerdos entre las fuerzas políticas y los interlocutores y las fuerzas sociales. Los Pactos de la Moncloa permitieron empezar a afrontar la profundísima crisis económica, dándole una respuesta hasta entonces aparcada por la primacia de lo político. El ejercicio de derechos sindicales y la aprobación de mejoras permitió introducir la normalización en el ámbito de las relaciones laborales. La puesta en funcionamiento de estructuras preautonómicas sirvió de cauce a aspiraciones y reivindicaciones nacionalistas. Las fuerzas parlamentarias apoyaron unánimemente la petición del Gobierno español presidido por Adolfo Suárez para que se abrieran formalmente las negociaciones para nuestro ingreso en la Comunidad Europea.

Se trató entonces de asegurar todas estas transformaciones, a través de la aprobación de una Constitución que consagrara el marco general por el que deseaba regirse la sociedad española. El proceso de elaboración y el contenido de nuestra Constitución de 1978 constituyen un ejemplo absolutamente inédito en la historia política española.

A esta historia pertenecen un número abundante de textos constitucionales que apenas dispusieron del tiempo suficiente para poder arraigar en los usos políticos españoles. Alguno, como el de 1812 estuvo en vigor y fué suspendido en sucesivos períodos. Otros se apellidaron moderados o progresistas, según el grupo ideológico que pudo imponer su hegemonía. Su aprobación abrió siempre encendidos debates en la sociedad, que sirvieron habitualmente para agudizar las posiciones contrapuestas y lastimar seriamente su legitimidad.

A la tarea de redactar un texto que pudiera ser asumido como propio por los distintos sectores de la sociedad española se incorporaron significados representantes de los grupos políticos con más apoyo electoral, hasta cubrir la practica totalidad del espectro parlamentario. Quisimos hacer una Constitución por consenso, renunciando a priori a la imposición de mayorías sobre minorías y tratando de alcanzar formulaciones de la más amplia aceptación. El diálogo, la negociación, la mutua renuncia, la frecuente concesión, la generosidad, presidieron todo el proceso.

El resultado final, legitimado en referendun por los ciudadanos, dió una respuesta común a las cuestiones que a lo largo de la historia se habían enquistado como disyuntivas entre los españoles. Sancionó la monarquía parlamentaria como forma de gobierno, el carácter no confesional del Estado y las relaciones de cooperación con la Iglesia Católica y las demás confesiones, estableció el más avanzado de los catálogos de derechos y libertades de nuestro entorno, dedicando atención singular a los de carácter social y económico, reconoció la autonomía de nacionalidades y regiones en la estructuración territorial del Estado. Definió España como un Estado social y democrático de Derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político.

Al aprobarse toda esta nueva formulación política, esta generación de la que les estoy hablando había resuelto con gran acuerdo la cuestión institucional. Iniciamos entonces una segunda fase cuyos objetivos básicos eran el desarrollo de las instituciones, la consolidación definitiva de la democracia, amenazada aún por algunos coletazos de desestabilización, la puesta en funcionamiento del Estado Autonómico, la superación de la crisis económica y la inserción real en el proyecto europeo y en el sistema de seguridad y cooperación occidentales.

He tenido la oportunidad y la fortuna de poder dirigir el Gobierno español en la mayor parte de esa fase decisiva de nuestro pasado reciente. Un cierto sentido del pudor político me impediría desgranar ante ustedes un balance detallado de este período. Permítanme, sin embargo, que les resalte algunos elementos que me parecen esenciales.

España vive hoy el período de normalidad democrática más dilatado de su historia constitucional, y lo vive con un grado muy notable de estabilidad política. Está prácticamente concluído el diseño del Estado Autonómico. Desde 1985 formamos parte de la Comunidad Europea y desde un año después asumimos de manera clara y solidaria nuestros compromisos en la seguridad occidental. En el tramo que va desde entonces, nuestra economía ha experimentado un crecimiento muy notable, acercándonos a la media de los países comunitarios. Por primera vez los ciudadanos españoles son beneficiarios de las prestaciones de bienestar fundamentales, educación, sanidad, infraestructuras, protección social.

La nuestra se parece hoy mucho al resto de las sociedades europeas, comparte sus preocupaciones esenciales, siente las mismas inquietudes y se tiene similares expectativas.

Es una sociedad básicamente urbana, crecientemente metropolitana, muy secularizada, con una estructura demográfica relativamente joven pero con una fuerte caída de la natalidad, con un espectro ocupacional semejante a la media de su entorno, con una incorporación muy intensa de la mujer. Una sociedad que siente desazón ante el desempleo, las drogas y la inseguridad.

Es cada vez más plural, más formada, más descentralizada, y en ella coexisten distintos sentidos de pertenencia. Atribuye a la política un interés escaso, participa dificultosamente y desconfía, como casi siempre, de cualquier tipo de poder. Siendo una sociedad muy creativa es, en definitiva, menos atípica que nunca.

Algo más de década y media de reformas han permitido a España situarse en la misma orientación que los países europeos avanzados, la han dotado de posibilidades reales para formar parte de un proyecto compartido.

Esta generación, de la que en una acepción amplia les estoy hablando, se dispone ahora a participar activamente en la definición del sentido y de los contenidos de dicho proyecto, se apresta a dar un nuevo impulso al compromiso democrático, a buscar respuestas nuevas a la nueva realidad que está emergiendo entre nosotros.

En apenas unos años hemos asistido a una imprevista aceleración del ritmo histórico. Cuando nos disponíamos a entrar en el S. XXI en medio de un anodino clima de sosegada distensión entre bloques, el colapso del comunismo ha abierto nuevas expectativas en nuestro continente y en el mundo, ha permitido cerrar heridas inaceptables, pero ha resucitado viejas querellas y revivido demonios ancestrales.

Hemos comprobado que muchos de los conceptos que nos parecían inamovibles no tenían más valor que el de haber permanecido inalterados durante unas pocas décadas. Hemos descubierto que algunos de nuestros valores estaban definidos en contraposición a otros que nos resultaban menos deseables.

Recalamos en un periodo en el que campean la incertidumbre y la inquietud. Hemos de asumir más y mayores riesgos por el hecho de haber conquistado una mayor libertad. Muchas contradicciones y no pocas paradojas están generando entre nosotros una creciente perplejidad.

Han desaparecido, o se han debilitado al extremo, las explicaciones globales y unívocas de la realidad, los diseños totalizadores de su transformación, las grandes construcciones del pensamiento con vocación omnicomprendiva. Pero corremos el peligro de enfrentarnos a un mosaico inaprensible, lleno de propuestas simplificadoras y reducidas, carente de una mínima coherencia interior.

La consagración ideológica de la democracia, y su consiguiente expansión, han venido acompañadas de una notable debilidad en su legitimación. Puede razonarse que las transiciones generan desbordadas expectativas, que difícilmente pueden ser satisfechas en la dimensión con que se formulan. Con frecuencia se trata de demandas embalsadas, a las que se da suelta de forma simultánea, y a las que no se puede atender de ningún modo de manera inmediata. Pero la sensación de ineficacia crónica y de enquistamiento de los problemas tampoco son infrecuentes en las democracias estables y consolidadas en las que, además, están apareciendo ahora actitudes de rechazo y antisistema.

Ya no podrá perdurar el valor superior de la democracia si se fundamenta meramente en una concepción minimalista de la misma, o en su preferencia cínica sobre otras peores opciones. Pero para asegurar su fortalecimiento y revitalización necesitamos superar limitaciones tales como que, existiendo mayores posibilidades para su práctica, constatemos su progresiva opacidad, extendiéndose formalmente a más ámbitos, comprobemos una descendente participación.

Tenemos la urgente necesidad de organizar las respuestas a los problemas realmente nuevos, tales como los efectos sociales del avance tecnológico, las posibles incompatibilidades entre el modelo de crecimiento y la preservación de los recursos esenciales, las formas emergentes de organización del trabajo, la mayor complejidad y diferenciación social, los movimientos importantes de población. Y, sin embargo, aún nos aferramos a reacciones clásicas y paralizantes ante todos estos problemas.

Estamos, en fin, apostando por un proceso de integración supranacional, receptor de soberanía, de capacidad de decisión, mientras nos mostramos reacios a extender los límites de la democracia, de manera que alcancen a los órganos y estructuras que gobiernan tales decisiones.

En este nuevo escenario a que me he venido refiriendo es, no solamente posible o deseable, sino requerible, que esta generación aporte un impulso renovado al proyecto progresista.

Un nuevo impulso sobre la base de los cambios que permitan integrar los requerimientos de la organización del trabajo, combatir la desigualdad, atendiendo también a la que se produce por el acceso asimétrico a las nuevas posibilidades, instalar la austeridad y el rigor en el uso de todo tipo de recursos.

Un nuevo impulso que profundice en las reformas sociales, singularmente aquéllas que como la educación tienen un impacto cierto sobre la cohesión política, el desarrollo económico y los fines redistributivos.

Un nuevo impulso en el desarrollo radical de la democracia, en la que la igualdad no sea el contrapunto de la libertad sino la base para su ejercicio. Fortalecer la sociedad civil, controlar el ejercicio del poder, propiciar la participación individual y organizada, ampliar los contenidos y los ámbitos de la democracia.

En buena medida, la deslegitimación, el rechazo de la política se alimenta de la contradicción entre los valores que los políticos propugnamos, y que la mayoría defendemos, y ciertas conductas que en la práctica cotidiana los desmienten. La aplicación de esos valores a la vida partidaria interna, la apertura de nuestras organizaciones a la sociedad, la transparencia de nuestros comportamientos, el debate con los ciudadanos de nuestros proyectos, son, no solo requisitos en una sociedad cada vez más plural, menos homogénea y más informada, sino condiciones precisas para volver a legitimar la acción política. Hoy es más cierto que nunca que la respuesta a los problemas de la democracia no puede ser sino más democracia.

Señoras y Señores.

Como acertadamente se señala en los considerandos de su concesión, en Europa se respira hoy un clima de escepticismo y parece como si se difuminara el fundamento de la unión. Al igual que acabo de proponer respecto de la democracia, creo que **la única respuesta a los problemas de Europa no puede ser sino más Europa.**

Los españoles nos hemos incorporado al proyecto europeo con treinta años de retraso, teniendo que adaptarnos de forma acelerada al camino ya recorrido. De manera inmediata, tuvimos que asumir los efectos del Acta Unica. En la firma del Tratado de Adhesión manifesté que, desde el primer momento, el Gobierno de España expresaba su voluntad decidida de avanzar con los que quieran avanzar y hasta donde se quiera avanzar, aportando su saber de nación vieja y su entusiasmo de pueblo joven, con la convicción de que un futuro de unidad es el único futuro posible para Europa.

La visión que tengo de Europa, y del papel en ella de España, no es solamente la visión de mi partido, de tradición apasionadamente favorable, sino que es compartida por una amplísima mayoría de la representación política. Tanto la petición de iniciar la negociación como la autorización para ratificar nuestro ingreso obtuvieron un unánime respaldo.

¿Porqué quisimos integrarnos? ¿y porqué nos hemos posicionado con la versión más plena de Europa?.

Teníamos las mismas razones que tenían quienes pusieron en marcha el proyecto, a las que añadimos nuestra vocación de ser Europa pero además estar en las instituciones europeas. Nuestra experiencia es todavía temporalmente corta pero el período vivido ha sido sumamente intenso. Lo suficiente para que, con un espíritu aún fresco y menos contaminado por los síndromes burocráticos y los corsés técnicos, mantengamos una mayor sensibilidad que otros ante la necesidad de las reformas.

Vivimos una crisis que requiere una apuesta decidida por la supranacionalidad, una crisis que demanda una tensión favorable hacia la Unión Europea. O somos una fuerza creciente y cohesionada, capaz de ejercer como factor de equilibrio, moderación y cooperación, o seremos un referente subsidiario en un mundo cada vez más abierto, dinámico y complejo.

Estamos en plena reconstrucción de las áreas y líneas de influencia en el mundo, una vez demantelado el esquema bipolar, y no podremos pesar mucho hasta tanto no seamos capaces de definir y ejecutar conjuntamente nuestra política exterior y de seguridad.

No debemos aceptar la autodisminución en nuestra capacidad para encauzar, y eventualmente resolver, los problemas y conflictos que se desarrollan en nuestro suelo europeo. Como tampoco renunciar a fortalecer nuestra personalidad cuando se nos reclama desde Oriente Medio, el Magreb o Iberoamérica, en lo que Jacques Delors ha definido como la demanda de Europa.

Se trata, por tanto, de aplicar la voluntad política, combinando el coraje y la audacia necesarios con la prudencia y el realismo imprescindibles, para remontar esa etapa complicada del proyecto de unión. Hagamos honor a la reflexión de Monnet "la filosofía que se relaciona con lo que es necesario es más realista que la que considera solo lo que es posible".

A la altura de 1993, los europeos seguimos debatiendo sobre los temas fundamentales, los que siempre han estado presentes en una relación dinámica e inestable desde el origen de la Comunidad. Cuál es el grado deseable de unión que potencie su fuerza y que respete la distintas identidades. Sí se debe avanzar simultáneamente o debemos aceptar diferentes ritmos y grados de integración. Cómo despertar una identidad, un alma europea, que complete los distintos sentidos de pertenencia.

A esos temas unimos ahora los relacionados con los países que están a las puertas de la Comunidad, y los derivados de la irrupción de los antiguos países del Este. ¿Caeremos en la tentación de algunos, en el error de abrir una pausa en la integración actualmente en marcha?. No podemos retroceder en dirección a un proyecto difuso, cuando lo que necesitamos es justamente avanzar en nuestra concepción común.

Avanzar realmente, pasa por consolidar, y además de manera rápida, la aplicación y desarrollo del Tratado de la Unión aprobado en Maastrich. Mercado único, fortalecimiento de la cohesión económica y social, establecimiento de una Unión Económica y Monetaria, dimensión social, ciudadanía común y participación política creciente, espacio judicial europeo, realización de una Política Exterior y de Seguridad común, apoyo a las políticas que llevan el germen del futuro, Investigación y Desarrollo, Medio Ambiente, Formación.

No nos dejemos atenazar por las dificultades actuales. Como todas las grandes empresas en permanente evolución, la construcción europea no escapa a las crisis de crecimiento. Hemos superado los problemas institucionales de los sesenta, los problemas financieros posteriores, las sucesivas fases de europesimismo. Algunos de nuestros objetivos actuales han estado previamente sobre la mesa de nuestras expectativas y han sido luego pospuestos ante inesperadas contrariedades. Pero siempre hemos resuelto nuestros estancamientos con apuestas más decididas para el futuro, como sucedió con el Acta Unica, como ha sucedido en Maastrich.

"Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto. Se hará gracias a realizaciones concretas que creen en primer lugar una solidaridad de hecho", se dice en la Declaración Schumann. Y es verdad que la gradualidad en el esfuerzo es la esencia del método de la construcción europea. Pero he expresado en más de una ocasión que tampoco se hará Europa si quedamos aprisionados por la lógica del denominador común, que sitúa la decisión en quienes creen menos en el proyecto o no desean avanzar en el mismo. Paso a paso. De acuerdo, pero en la dirección adecuada y en el tiempo útil.

Por mi parte he reafirmado que creo en la Unión Europea como un objetivo lógico y razonable para el S. XXI. Y he manifestado que estoy decidido a trabajar con seriedad en su construcción, porque entiendo que eso es lo mejor para mis conciudadanos españoles, para mis conciudadanos europeos.